



WUNSCH
Nueva serie.
Número 4
Mayo 2006

Número especial
SOBRE EL PASE

Boletín internacional de La Escuela de Psicoanálisis de los Foros del Campo lacaniano

Editorial

Colette Soler, responsable del número

Wunsch 4 aparece justo antes de la Cita Internacional de la IF-EPFCL y hemos querido, con este número especial, marcar el momento especial de nuestra Escuela. La experiencia del pase prosigue desde hace cuatro años, Es poco si se considera el tiempo que hizo falta para la puesta en marcha, pero es bastante para prever un primer balance de nuestros nuevos dispositivos, con sus carteles internacionales y bilingües. La asamblea de la Escuela en julio será probablemente la ocasión de una primera evaluación de este funcionamiento original.

Sin embargo en materia de pase los dispositivos de funcionamiento no lo son todo y solo son un medio. Basta para convencerse de ello recordar las variaciones que el propio Lacan introdujo en las modalidades de este pase, en función de la coyuntura del momento de su Escuela.

Comencé a decirlo durante la Jornada de la EPFCL-Francia en Toulouse, en diciembre de 2005, la finalidad mayor del pase no es de funcionamiento, tampoco esencialmente de selección de nuevos AE, sino de las consecuencias propiamente analíticas de este pase en la comunidad de Escuela. Y hay ahí, me parece, actualmente, un momento de urgencia.

No podemos desconocer el momento histórico en el que nos encontramos, marcado por la subida de psicoterapias de todo tipo, y las tentativas de reglamentación correlativas. Un balance de estas iniciativas públicas y de la respuesta aportada por los Foros en las diferentes zonas sería sin duda útil. Hay a este respecto posiciones diversas, por lo que he podido saber, que se reparten entre dos extremos, según que, o bien los psicoanalistas se alíen entre ellos y militen para que el psicoanálisis permanezca fuera de la reglamentación, es el caso de Brasil por ejemplo, o bien, por el contrario, que acepten y incluso a veces soliciten incluirse en la reglamentación de las psicoterapias. En todos los casos, la especificidad del psicoanálisis está en cuestión.

Ocurre que en Francia, sin duda porque Lacan pasó por ahí, la idea de que el psicoanálisis, se lo quiera o no, es diferente, está reconocida en todos lados, hasta en los organismos de estado... Aunque la diferencia no esté más esclarecida, por supuesto. No es el caso general, y en la mayoría de los otros países la pregunta se plantea, incluso se encuentra ya cerrada (según me dicen es el caso de Inglaterra donde no se hace más la distinción, todo se llama psicoterapia)

¿Es el psicoanálisis una psicoterapia un poco particular, digamos, más bien, una psicoterapia de élite? Creo que no es eso lo que nos anuncia el nuevo estribillo general de la “acogida del sufrimiento de los sujetos” para todos los psi sin distinción, y frente a lo

que habría que postrarse. O bien ¿es verdaderamente otra cosa, que supone otro deseo, enraizado de otra manera? Sobre este punto, no nos faltan convicciones, pero no es suficiente clamar nuestra diferencia, sino que además haría falta que ella se impusiera, y no solo para algunos, como decía Lacan.

Digo consecuencias analíticas del funcionamiento del pase en la comunidad para designar la necesaria puesta en causa del análisis y del analista en una Escuela. Sin este cuestionamiento el terapeuta podrá prosperar, pero el análisis seguramente no, ya que el análisis está a merced de los psicoanalistas, tal como son en los hechos. Extraña práctica que supone intranquilizar al clínico, como gusta nombrarlo hoy en día. Intranquilizarlo acerca de a donde apunta, sobre lo que obtiene, y por tanto, sobre lo que es como deseo. Cuando se habla de la ética propia al acto analítico, del deseo específico del psicoanalista, de su salida de la justicia distributiva, etc., en todos los casos el análisis y el analista se sustentan en un decir. No se puede mantener el psicoanálisis fuera del decir de Freud, decía justamente Lacan, un decir, cuyo mantenimiento, así como su producción originaria, está a merced de la contingencia. Pero este decir provoca la incomodidad del psicoanalista, que tiene horror de lo que le es revelado mientras que el sillón del psicoterapeuta le tiende el brazo. Una Escuela no sobra para paliar el borramiento del decir. ¿Por qué no plantear que su función es la de hacer pasar la contingencia a lo necesario, afín de que lo que ha cesado de no escribirse (del inconsciente y de los impases que programa) con el decir originario, el de Freud, sea bastante relevado para no cesar más de escribirse — al menos un tiempo? Curiosamente, me doy cuenta de que me encuentro ahí en la fórmula misma que Lacan da del amor en *Encore* : ¡contingente, aspira a lo necesario!

Concretamente, poniendo el pase en el corazón de la Escuela, se trata de obtener un efecto de estrechamiento de la comunidad, tanto en su trabajo colectivo como a nivel de los análisis tomados uno a uno, sobre las cuestiones del psicoanálisis... en intensión — para retomar un término que tenemos en común. Esto no se hace solo, se tienen que implicar varios para dar consistencia a un decir de Escuela. En lo que respecta a la extensión, no pide hoy en día ningún cuidado especial, pues los analistas, me refiero a los lacanianos, están cada vez más acaparados por ella. La preocupación de la extensión que era una necesidad en los años sesenta para salir de la extraterritorialidad, se ha convertido en nuestros días como en una mala costumbre : pero sin la intensión no será el psicoanálisis que se extenderá... Tal es, creo, la apuesta de una Escuela de hoy.

Traducción: Carmen Lafuente

Palabras de AE

Trinidad Sanchez-Biezma de Lander (Venezuela)

Por una razón.

*“Un golpe de tu dedo sobre el tambor descarga todos los
sentidos y comienza la nueva armonía.
Un paso tuyo es el alzamiento de nuevos hombres y la hora en
marcha.
Tu cabeza se aparta, el nuevo amor.
Tu cabeza se da vuelta, el nuevo amor”.*
Rimbaud (1)

La experiencia de un análisis no debe darse por concluida en una redescipción, si por la misma se entiende tan solo una nueva perspectiva narrativa de la existencia, o lo que podríamos llamar, un relato más soportable sobre una misma. La experiencia del

psicoanálisis apuesta a un más allá, a que, al cambiar el modo de habitar la lengua se transforme la economía libidinal del sujeto, lo que implica necesariamente, lo que trae siempre aparejado, una nueva posición en relación a los otros.

La cura siempre enseña, el analizante descubre saberes sucesivos sin garantía del Otro, solo es necesario permitir el despliegue de los decires hasta donde “no va más”, que es el punto de las consecuencias más extremas; hasta donde “siempre lo supe pero no sabía que lo sabía”. Cura es pues, una formalización de saberes sucesivos que permiten que se reconozca el paso que abre camino. Un decir que revela un saber con efectos que hacen posibles, el paso que viene.

La experiencia del psicoanálisis entonces hay que pensarla como un recorrido que llega a su fin, un fin que no es arbitrario a la experiencia misma, sino que brota como consecuencia de ésta en una coyuntura que dicha experiencia debe permitir, incluso transmitir.

El fin y su coyuntura es una lógica que se separa de la referencia a una totalidad que se realiza a si misma. Pensar el fin del modo de la incompletud es el desafío de la experiencia analítica; o, en otros términos, un fin que muestre la imposibilidad de la superación de la verdad por el saber.

Lacan entendió algo que constituía un peligro para el psicoanálisis y es que éste había perdido de vista, había olvidado cuál era su acto. Trató por ello de encontrar la vía de salida, la vía por la que el psicoanálisis podría curarse del psicoanálisis, vale decir, un camino que permitiera atravesar lo que él mismo había producido. A esta vía posible la llamó pase.

Un día supe que había llegado adonde iba. Detenía mi andar sabiendo que se había producido un cambio en mi persona, un viraje. No solo se había modificado la angustia sufriente del comienzo, sino que también se arribaba a un goce digamos satisfactorio, propio de la vida. Un placer que se conquistaba en la medida que “un cierto peso” se aligeraba.

La elección del pase no fue nunca una preferencia o una posición, sino una certeza, certeza obtenida de haber concluido el análisis. Si al comienzo está el deseo decidido, al final del trayecto reaparece nuevamente la cuestión de la decisión y no de la autorización. La decisión por el pase era leída desde una libertad tal, que arriesgaba hasta el equivocarse.

Se trataba de una demanda que solamente se podía satisfacer en el marco de una Escuela que la aceptara. Era una tarea de dar cuenta de la culminación del análisis a Otro que ya no es el analista. El Otro del pase es la Escuela. Y esperé, esperé hasta que hubo Escuela para tramitar mi demanda. Espera en oportunidades densa, pesada.

“La demanda de pase es ver autenticado el propio trayecto analizante, y no puede sino ir más allá, hasta la demanda de volverse responsable de la experiencia de la Escuela”. (2).

Y fui al pase, fui con la intención de hablar de un análisis que había finalizado varios años atrás y que había organizado en una escritura. Escribí a ratos por encima de mí misma desde un vacío, desde un lugar en donde las palabras eran murmullo, residuo, medio decir, pero que no se podían enmudecer. Eco que enuncia lo que no se puede dejar de decir.

Escritura que aligeraba la espera y que señalaba un estilo de hacer. Posibilidad de ordenamiento y libertad en tanto que regula, que pone límites a la repetición.

Las entrevistas con los pasadores fueron momentos raros, irrepetibles en donde algo se dejó decir; texto que logra que nada le exceda o le sea negado. Texto sin usura ni desperdicio. Momentos en los que un poco de verdad se deja atrapar. Un poco de verdad en tanto que imposible de hacerla toda.

Fue interesante comprobar como se va construyendo en el curso de las entrevistas con los pasadores una lógica de la cual se sabía desde antes; una lógica del recorrido analítico que estaba de hecho, pero que nunca se había articulado en un decir, en un dicho.

¿Qué se puede transmitir de ese viraje subjetivo que produce un análisis?

Se puede transmitir un rasgo, forma simple de marca, origen del significante, matriz de la repetición inaugural y del sufrimiento. Enigma de la neurosis, de lo que se ha sido como objeto en el deseo del Otro y como el sujeto respondió, siéndolo. En el recorrido analítico debe darse la posibilidad de ver, no solamente qué objeto ha sido el sujeto para el Otro, sino también cómo el sujeto se acomoda en ese lugar para mitigar la ira del Otro y no perder su amor.

El análisis me permitió acceder a una palabra: palabra perfectamente situable en mi historia y que revela la demanda del Otro y una visión de la castración materna. Palabra que recubre el goce pulsional. Un significante que se juega tanto al comienzo como en el desenlace de la transferencia, significante que Lacan llamó modelo de la neurosis y que se deja leer en el pase.

“¿Qué mejor se puede esperar del psicoanálisis, si encontrar la palabra que valga por la cosa, es decir que valga por lo real, es la ambición de la disciplina?”(3).

Esta primera marca está anotada en el lenguaje, particularmente en los verbos de la pulsión. A eso se reduce el sujeto, al objeto que él es para el Otro en su elección de viviente. Con eso el sujeto sin saberlo, goza; impresión, marca y siempre cicatriz de goce. Objeto que producía cierta voluptuosidad, así como una cierta versión degradada del amor.

“Hay algo que nos obliga a distinguir esta satisfacción del puro y simple autoerotismo de la zona erógena, y que es el objeto que con demasiada frecuencia confundimos con aquél sobre el cual se cierra la pulsión -ese objeto, que de hecho, no es otra cosa más que la presencia de un hueco (...) que cualquier objeto puede ocupar (...) objeto perdido “a” minúscula” (4). Objeto pues causa de deseo, objeto causado por la pérdida.

Lo que se llama atravesamiento del fantasma, es la localización en el discurso, en la toma de la palabra de una secuencia significativa que no espera ya la autenticación engañosa del SsS, sino que se coloca en la propia enunciación. El sujeto puede decir lo que ha sido, la negativa con que se ha ofrecido al Otro para engañarle sobre su deseo verdadero.

La escena del fantasma, es la del sujeto del inconsciente, posibilidad que le permite convocar a la vez al verdugo y a la víctima gozante en una misma escena, ligado a la actividad pulsional, fomentado por la pulsión.

Después del pase se produjo un tiempo donde las conclusiones no tenían la premisa que las fijaba a la misma interpretación, sin esa premisa eterna que restaba movilidad a ese nudo que se iba convirtiendo en lazo.

Del sujeto encerrado, angustiado, aplastado por el objeto, a un sujeto con un saber. Claridad a partir de una construcción que da cuenta de ese objeto angustiante que era lógico en ese Edipo. Atravesar la experiencia del pase me permite ver con mayor claridad la posición subjetiva, posibilidad que legitima volver a la vida de otra manera. Pasaje de la pasividad a la actividad que no es activismo.

Del sujeto que “sostenía” las desgracias del mundo, incluyendo las de sus pacientes, a un, llamémosle, deseo de la escucha de la diferencia, más allá de la historia de las vicisitudes, propias de cada quien.

El pase es un acto, salto, ruptura que produce un cambio en el sujeto; un paso al bien decir que podría dar cuenta de uno de los posibles destinos del goce femenino. De cómo una mujer puede habitar el goce del Otro que no sea a la manera de la ignorancia, de la angustia, incluso, del desconocimiento.

Amor al bien decir que anuncia un nuevo deseo. Deseo de transmisión en el lugar de la transferencia analítica. “La transmisión es un decir que es consecuencia de cómo un sujeto habita su causa” (5).

Luego del pase se abre una forma, una manera diferente de consentir a lo que se pierde a lo que cambia. Consentir a la pulsión que hace percibir un más de goce que se traduce en una liviandad, ligereza sin valor absoluto pero que es, es ahora, solo eso.

Fue clara la decisión por el pase, luego al final lo que queda es que, el deber de trabajar y el deseo de saber se vuelven equivalentes porque el trabajo no es más sinónimo de alineación sino acto; acto que separa al sujeto de sus identificaciones y que da pie al trabajo de hacerse un nombre.

Bibliografía:

- 1.- Rimbaud A, “Por una razón” .En Lacan. Informe del seminario sobre el Acto psicoanalítico” lección del 10 de Enero del 1.968.
- 2.- Lacan J, Prefacio de la edición inglesa de los Escritos
- 3.- Lacan J, Disolución de la EFP, en Soler Colette. Prólogo de Heteridad 2. “2003
- 4.- Lacan J, Seminario 11. “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis” 1.964 .Paidós. Buenos Aires. p.187
- 5.- Pereña F, “Síntoma y pulsión de muerte”. Acentos 17. Boletín de la EEP. España 1.998

Elisabeth Léurgie (Le Havre, Francia)

Pase y fin de análisis

La intrincación entre pase y fin de análisis no es fácil de asir.

Es posible abordarla a partir de cada pase y esto permite captar de qué está hecho el deseo de ser analista y como se realiza el pasaje al analista, en la singularidad del caso, pero por lo tanto, resta entonces, próximo del testimonio. Se sabe que Lacan inventó el pase como el mejor modo de percibir ese pasaje y de cernirlo con precisión. Hizo de ello una experiencia creativa individual que permite obtener un saber, para aquellos que allí se comprometen, y la presenta como una elección y no como una obligación.

Puede, entonces, haber pases sin fin de análisis y análisis que se terminan sin compromiso en el procedimiento del pase, aunque la elección de ser analista esté tomada y que a veces la función se venga ocupando desde cierto tiempo.

¿Qué sería teorizar el nudo entre pase y fin de análisis? ¿Con qué teorizarlo?

¿Podemos abordar esta cuestión con un reflexión sobre el movimiento? Como si el acto así planteado crease un antes y un después. Considerando la decisión de pase como un tiempo advenido, en donde ninguna inhibición retarda el acto, deviene así un movimiento para verificar un enunciado, para dar prueba de un avance.

Sin embargo, esta manera de concluir el análisis por el pase no es automática, se puede plantear que un sujeto tome esta decisión si con ella él elige la libertad del acto contra un resto de fijación al fantasma, aún después de la travesía del mismo. Pero justamente, el pase no es un acto elegido como una experiencia interesante de la cual existe un modelo; al contrario, es un descubrimiento en el cual se trata de aceptar lo desconocido también del procedimiento mismo, porque si bien está escrito e incluso descrito, no se experimenta más que una vez, tal como el saber que va a emerger y que, en el tiempo de un relámpago, será captado con una intensidad radical. Este movimiento que precipita al sujeto en el pase, aún sin prisa, da sin embargo la idea de una cierta brusquedad de la acción, que resuena perfectamente con aquella de lo real que se experimenta en el pase. Sería el borde de lo real entrevisto en la cura el que se trataría de

cernir con las mismas palabras pero desde otro ángulo, en el curso del procedimiento, esfuerzo de corte, efecto de separación.

Pues se trata de un encuentro fuera de transferencia, con la excepción de la transferencia al psicoanálisis; la palabra no está dirigida a un analista con el cual el “che vuoi” está siempre activado, al contrario, con pasadores desconocidos, la demanda de amor no tiene cabida. El anudamiento entre demandar, ofrecer y rehusar es único en el pase y permite otra relación al inconsciente.

Es otra experiencia de vacío en donde lo que aparece del deseo de manera fugaz ya no está “taponado” por la transferencia. Al contrario la desafía. Es necesario que el sujeto esté a la altura de aceptarlo.

Este no-sabido que adviene allí debe ser apreciado en su justo valor, que sería aquel de un saber concerniente al objeto *a* y no apuntando al ser.

El pase sería, entonces, una experimentación de lo que Lacan dijo en “El tiempo lógico” en relación a la carrera tras la verdad: “si bien en esta carrera tras la verdad no se está sino solo, si bien no se es todos cuando se toca lo verdadero, ninguno sin embargo lo toca sino por los otros”, en *Escritos I*, p. 201.

¿El pase cómo carrera tras la verdad?

En su prisa para presentarse allí, el sujeto aceptaría someter a la apreciación del jurado, su posición particular de sujeto barrado que no retrocede ante la inconsistencia del Otro. Este movimiento de entrada en el procedimiento no puede advenir más que en un tiempo para concluir que desea dar cuenta a la comunidad analítica. Eso no puede advenir más que después de un largo recorrido donde la falta de garantía en el Otro pierde su faz insoportable y permite, entonces, otra posición en cuanto a lo real.

El pase, como movimiento, sería pues la manera particular de un sujeto de situarse frente al fin de su análisis. En este sentido, se podría considerar la demanda de pase como el tiempo advenido de un acuerdo con la comunidad analítica en la cual el sujeto elige participar. Lejos de ser reducido a una prueba del fin del análisis, el pase podría ser considerado como un ponerse en disponibilidad de parte de un sujeto dispuesto a proseguir su recorrido con el psicoanálisis.

Traducción: Viviana Bordenave

Palabras de pasador

**Emilia Malkorra, (San Sebastián, España),
Fragmento de una contribución en la Jornada del Foro de San Sebastián sobre la
Escuela, 5 de Marzo 2006
Una experiencia de deseo¹**

Al poco tiempo de ser admitida como miembro de la Escuela, supe por mi analista, que había sido designada como pasadora.

El primer paso es el consentimiento a dicha designación. El pasador, si consiente a dicha función, consiente a realizar un función al servicio de la Escuela, sin la red protectora del analista. El pasador está solo en su función. Esto puede suponer una primera experiencia de separación del analista. Un “ensayo” de separación.

Aun cuando se conozca la existencia del dispositivo y se hayan leído y escuchado cosas sobre ello, es una experiencia de la que uno sabe poco y a la que uno acude solo. No hay modelo donde identificarse. Como analizante, siempre está el analista. Respecto a

¹ Debates sobre el pase. Madrid. 1991. (Algunas de las ideas que aparecen en este trabajo tienen su referencia en dicho texto no publicado. Sobre todo las sesiones de debate con Colette Soler y Guy Clastres)

la clínica, están los controles, presentaciones de casos, comentarios con los colegas...respecto al trabajo en el Foro, en el trabajo Institucional estamos en grupo... En el dispositivo del pase, el único sujeto que está como el pasador es el otro pasador, y no se sabe quien es, ni van a trabajar los testimonios juntos.

La soledad, la ausencia de modelo identificatorio, la relación con el no saber, el que no se conozca la lista de pasadores... todos estos elementos tienen su importancia. Entiendo que es lógico que sea así en cuanto que ese aislamiento del pasador puede favorecer su función.

Ahora sé que una de las razones – no la única - para ser designada como pasadora, estaba muy relacionada con el no saber. Pero entonces, por no saber, no sabía ni siquiera eso. El pasador está en una relación muy estrecha con el no saber.

¿Qué se espera de un pasador ?

Lacan no esperaba que un testimonio fuera una exposición de saber textual. Entonces, no se espera del pasador que sea un analista, no se espera que tenga un dominio de la teoría... pero lo que sí es deseable es que su presencia no contamine el dispositivo.

Y el único modo en el que el pasador puede no ser un elemento contaminante, es precisamente **no siendo**. Es decir, que pueda poner en juego su destitución subjetiva al servicio de la transmisión. Que mientras ejerza dicha función pueda ser capaz - y no hay garantía, nunca, de que lo haga - de no interferir con su imaginario, con su fantasma. Se espera que pueda ofrecer un lugar vacío, donde poder alojar el testimonio del pasante y transmitirlo. Esa es la apuesta.

Y tras el consentimiento, llegamos al dispositivo.

Respecto a las entrevistas con los pasantes: El pasador no sabe lo que va a escuchar. Podríamos definir de alguna forma su posición como la del amante, erastés, esperando recibir el agalma que el pasante en su testimonio le ofrece.

Aquí empieza la ganancia de saber para el pasador. Por un lado porque empieza a saber del testimonio del pasante, pero además, y sobre todo esto puede ser crucial, va a saber que él, de eso, no sabe. Esta es la ganancia. Una ganancia en el sentido del no saber, que puede marcar sin duda el futuro análisis del pasador.

Se produce un sentimiento estrecho de solidaridad con el pasante. Y lo que el pasador pone en marcha es el deseo de que eso pase. Por eso Lacan dice que el pase es como un chiste, porque cuando un chiste funciona, uno tiene ganas de contarlo.

Y ante el cartel, el pasador se convierte en el portador del agalma. La atenta escucha que él tuvo ante el pasante, ahora la encuentra en los miembros del cartel ante el testimonio que el está transmitiendo.

Y se acabó. Se vá sin saber y durante mucho tiempo no sabrá nada. Si de su experiencia no resultan los pasantes nominados AE, el pasador se queda con que no sabe, ni nunca sabrá si estuvo a la altura de lo que se esperaba de él y de lo que ocurrió con los testimonios.

Es habitual escuchar en los trabajos de los pasadores que el paso por esta experiencia supone un vuelco para el pasador, que a veces determina el comienzo del fin del análisis. Y es que el pasador tiene el privilegio de vivir una experiencia de deseo, de destitución subjetiva, de cierta separación del analista...que llamaré “una cierta experiencia –como de laboratorio- que le permite atrapar algo de lo que puede ser el deseo de analista”.

El privilegio de haber pasado por esta experiencia, me ha dejado en deuda con los que la hicieron y la hacen posible. Este pequeño trabajo es un signo de agradecimiento, que conlleva el deseo de transmitir la importancia de apostar por el dispositivo y por la relación de trabajo en la Escuela.

Dos contribuciones en la tarde sobre el pasador, de l'EPFCL-Francia, 1^{er} de abril 2006

Michel Bousseyrroux (Toulouse, Francia)

Posición de Lacan respecto a la designación y funciones del pasador

¿Cuál era, inicialmente, la intención de Lacan en cuanto a la designación de los pasadores y sus funciones ? En octubre de 1967, cuando formuló la primera versión de su propuesta, no los llamó pasadores sino psicoanalizantes, y eran designados por los AE ; ya que para Lacan los AE « son quienes pueden responder por aquellos que están en el pase o aquellos que hayan vuelto » (Otros escritos, p.225). De la lista establecida por el AE se sorteaban tres pasadores, quienes participaban por un período de seis meses en el jurado de selección, encargado de escuchar los pases y de nombrar nuevos AE. Ese jurado, a quien también correspondía la elección de los AME, estaba constituido por Lacan más tres AE seleccionados por sorteo de la lista de los AE y tres pasantes. Estos últimos eran los mismos que recibían los testimonios de los candidatos al pase, es decir, de los pasadores. Es evidente, entonces, que en la intención inicial de Lacan el pasador está en el centro del dispositivo y cumple una doble función : la de testigo y juez. Los pasadores, que son psicoanalizantes, son los iguales de los AE en el jurado y, como ellos, tienen el poder de decisión y de nominación. Es más, un analista deviene AE si uno de los analizantes ha sido, como candidato del pase, nombrado AE. En la versión definitiva, publicada en *Scilicet*, de la proposición de octubre de 1967, Lacan vuelve sobre su intención inicial, precisamente cuando (p.255) «esos testigos (que son los pasadores) no son, claro está, jueces».

Esa posición de Lacan suscitó una intensa crítica y una oposición virulenta de parte de algunos didácticos o teóricos de su Escuela. Los documentos que he releído, tomados de los archivos de Solange Faladé y publicados en 1978 en <<Ornicar ?>> volumen 7 de los *Analítica*, que incluyen cartas de Lacan y las tomas de posición de François Perrier, Jean-Paul Valabrega, Piéra Aulagnier, Jean Clavreul, Moustapha Safouan et Maud Mannoni, dan una idea de esa virulencia.

Ante la fuerte resistencia suscitada por el lugar que Lacan quería dar a los pasadores, lo cual evidencia que otorgaba a los analizantes un poder de decisión sobre la autenticación de los analistas –cosa inaceptable para los didácticos o teóricos – tuvo que modificar su posición, como consta en los Principios directivos que propuso a votación en enero de 1969. Se estipuló que el jurado, cuyos miembros fueron elegidos por la Asamblea General de la Escuela entre los AE y los AME que se postulaban como candidatos, puede recurrir a la asistencia de los pasadores pero « estos no pueden realizar nominaciones ». Incluso Lacan, como director de la Escuela y miembro del jurado, renunció a su poder de voto y sólo conservó una posición consultiva.

Sabemos que el objetivo que Lacan le asignaba a ese jurado « atemperar los efectos de alienación que engendra la reunión de didácticos o teóricos en un organismo constituido », fracasó. Lacan se vio obligado a constatar, en la Disolución de 1980, que las bases de los nuevos AE, últimamente nombrados en su escuela, habían funcionado como una casta. Recuerdo ahora las nuevas y últimas proposiciones de Lacan sobre el pase, formuladas, por entonces, en dos cartas. Primero, la que se publicó el 23 de octubre de 1980, dirigida a los integrantes de la Causa freudiana, anunciando que la Causa tendría su escuela, y en la cual limita a tres años la nominación de AE (« el pase producirá el AE nuevo –siempre nuevo del ser para testimoniar en la Escuela, o sea, tres años »). Hay también una carta manuscrita (era el momento en que circulaban rumores sobre cartas apócrifas), del 22 diciembre 1980, dirigida a Claude Conté et J-A. Miller, en la que propone «una doble comisión para el pase» bajo la figura de « dos cárteles que ofician de

jurado en el trabajo por producir », con dos pasadores en cada uno. En esa carta Lacan proponía, para los dos primeros cárteles establecidos, cuatro nombres de analistas (ex-AE nombrados antes de la disolución de la EFP) más cuatro nombres de pasadores escogidos por sorteo, entre los dos cárteles. Lacan retomaba, así, su intención inicial de 1967: colocar pasadores en el jurado que decide la nominación de los AE. La diferencia, respecto a 1967, es que esta vez Lacan apuntaba sobre lo real de la estructura del cártel. Es con base en esas indicaciones específicas de Lacan que el primer directorio de la ECF definiría –en sus primeros estatutos de 1981– la doble comisión del pase, compuesta de un AE, dos analistas y dos pasadores. Él fue también el elegido para proponer, en 1982, que sean los AME los que designaran a los pasadores. Ya sabemos cuál fue el destino de ese doble cártel del pase y el mal uso que, en 1996, se hizo de él en el Colegio a raíz de la denuncia de la pretendida guerra de cárteles A y B, de triste recordatorio.

Y ahora, ¿qué sucede en nuestra Escuela, en la EPFCL ? No conservamos la idea de los dos cárteles del pase sino de uno solo. La gran innovación es la plurinacionalidad del cártel del pase que cuenta, en la medida de lo posible, con un miembro trasatlántico, lo cual nos saca de nuestras interterritorialidades respectivas y de sus efectos de sugestión recíproca. Durante los dos años en los que el Colegio Internacional de la Garantía funcionó, varios cárteles del pase podían funcionar (el tiempo necesario para pronunciarse sobre tres o cuatro pases) sucesivamente, pero nunca de forma simultánea. También mantuvimos en nuestros estatutos la posibilidad de que los pasadores hagan parte de esos cárteles, puesto que son elegibles en ese Colegio Internacional.

Una cosa es ser pasador en ejercicio con un pasante. Otra es –por haber ejercido esa función de testimonio, con lo que ella implica de transmisión en el cártel del pase– ser capaz de sacar provecho a posteriori y contribuir al saber en la transmisión de la experiencia de Escuela, ya sea como miembro de un cártel del pase o en la enseñanza de un seminario de Escuela, como es el caso este año, en el cual hemos querido que los pasadores sean parte interesada.

Entonces, el pasador tiene que asumir distintas funciones, de testimonio y de transmisión, que no deben confundirse, pero que deben ser articuladas en función de su relación con lo real. Se testimonia de una verdad como causa. Se transmite un fragmento de saber. Lacan insiste en la nota de 1974 sobre la elección de los pasadores. Respecto a lo que se espera de los pasadores la pregunta a formular es: « ¿testimoniarán ellos qué están al servicio de un deseo de saber ? » El pasador no es un mensajero de la palabra del pasante. El transmite un fragmento de saber y, precisamente, un fragmento de saber sobre lo que impulsa al analista a ser un desecho . Lacan lo dice en la « Carta a los italianos », agregando que « los pasadores se deshonran al dejar la cosa incierta ». (*Otros escritos*, p. 309).

En cuanto a la designación de los pasadores, es, como en la ECF, responsabilidad del AME. Que el AME tenga esa responsabilidad, ese deber, hace que su nominación no pueda reducirse a una titularidad. De el AME se espera que sea capaz de preguntarse en su práctica si tal o cual de sus analizantes está en un momento del pase. En la Escuela se espera que los AME tengan esa preocupación. Y, si lo juzgan oportuno, se les ofrece la posibilidad de proponer a la CAG –tanto de la parte del analizante que cree estar en el pase, como por nuestra experiencia de Escuela– que su nombre se inscriba en la lista de pasadores.

Confiar esa responsabilidad al AME es apostar sobre su aptitud para autenticar en una cura el momento del pase. Pero también es apostar sobre su capacidad para discernir si ese analizante está preparado para implicarse en la experiencia de la Escuela y aportar su contribución, tanto por su testimonio, cuando se trata de que la verdad del pasante sea juzgada por el cártel del pase, cuanto a su contribución epistémica en la transmisión. Ese discernimiento está a cargo del AME. Si no, como lo escribe Lacan a los italianos, es la

«culpa» del analista «que pasa a los pasadores». También se podría pedir al AME que han designado pasador a uno de sus analizantes –cuando éste, sorteado por un pasante, ha hecho la experiencia del testimonio– si pueden decirnos algo de lo que ha sucedido en la cura de ese analizante respecto a esa experiencia.

Contribución de Rithée Cevasco (Barcelona, España)

Intentaré mantener dos dimensiones sobre la cuestión del pasador: el reconocimiento del «*ser*» del pasador y la responsabilidad de su designación por el AME.

En lo que concierne al psicoanalista, designar a uno de sus analizantes como pasador no supone una premonición sobre el momento, que se producirá o no, de la producción de un analista y el « pasador » se equivocaría si así lo pensara. En cambio, el analista que designa se compromete, y compromete a su analizante, en la experiencia del pase en la Escuela...vale decir en un vínculo otro que el vínculo de la transferencia en la cura.

Su responsabilidad va entonces (si esta pudiera ser la buena fórmula) más allá de la responsabilidad de la dirección de la cura donde él es único maestro a bordo. El analista que designa se somete entonces, él mismo, de manera indirecta al control de su acto...por otros, por el colectivo de la Escuela.

La designación de un pasador pone pues en juego el deseo « de analista » y puede tener (ello sólo podrá verificarse ulteriormente) la dimensión de un acto y, en consecuencia, supone un cierto franqueamiento del « horror » (sin dramatismo). La designación de un pasador es además un « punto nodal » en tanto concierne al punto de enlace entre el psicoanálisis en extensión (garantía del AME ante lo social) y el psicoanálisis en intensión (experiencia del pase y transmisión a la comunidad científica, entendida en un sentido amplio del término).

Sin embargo, creo que correríamos un riesgo si sólo percibiéramos en esa designación la dimensión de un acto. Acto en el cual volvería a jugarse para el analista que designa un retorno sobre el momento que fue, para él, el momento de su propio pase (a menudo sin saberlo). En efecto, esta designación incluye una referencia a un saber (referencial), al menos en lo que concierne al dispositivo del pase y sus « necesidades ».

A la localización de un momento de pase del analizante designado, me parece que también puede ponerse el acento sobre algunos otros factores que conciernen precisamente ese « vínculo » al colectivo, a la escuela, al psicoanálisis « fuera de cura ».

El analista que designa debe así apreciar (no quiero decir « evaluar ») : la relación de ese analizante con el colectivo, con la Escuela, que sea o no miembro de ella, y su disponibilidad a « obrar » en esa experiencia inventada por J.Lacan. Experiencia sobre la que persistimos y que deseáramos - ¿Es acaso muy realista?- hacer valer en « el mundo » social como procedimiento de evaluación.

También puede estar atento a una apreciación sobre la posibilidad del pasador para ocupar, en el dispositivo del pase, la tarea que le es adjudicada sin que los efectos de turbación, de angustia, de parálisis, constituyan un obstáculo para el testimonio que tendrá que construir (no se trata, por supuesto, de construcción de caso)...

« ¿Desde donde (si no del pasador), dice Lacan, podría esperarse un testimonio justo(...) ? ». En todo caso, el analista que designa, ¿no podría acaso apostar sobre la « performance » posible del pasador para construir un testimonio que ponga en relieve los puntos cruciales del decir del pasante ?

El pasador, podrá evitar la tentación de un ejercicio de simple copiadora de los dichos, en vez de hacerse « placa sensible » de lo que oye.

¡No es evidente!. ¿La designación de un pasador no podría tomar en cuenta esa « performance » posible? El analista, sabe algo acerca del « estilo » de su analizante... aunque más no fuera conoce algo del estilo de la narración del pasador de si mismo en su propio análisis.

El pasador un « *ser* » de temporalidad?

Con la expresión, « el pasador *es* (en itálica en el texto de Lacan) el pase », Lacan intenta captar, digámoslo así, pero no sin matices, algo de un « *ser* » del pasador, que no es un ser de identificación. Inútil pues esperar una descripción del rasgo que podría hacer de los pasadores un conjunto. Un ser que le viene del Otro, de su analista, como « designación (que debe ser distinguida de una « nominación »)

« Por ello, mi proposición se interesa en el pase cuando el acto podría ser captado en el tiempo mismo en que se produce », dice Lacan en su Proposición. Se supone pues que los AME pueden discernir ese momento.

EL AME « ha de responder » del hecho de que los pasadores *están* en ese pase... que están aún en el proceso de des-anudamiento de su experiencia personal, en ese intervalo temporal, donde habiendo ya entrevisto la « díada » de su división entre su falta-de-ser (castración) y el objeto de su fantasma, el pasador no ha aun concluido en lo que concierne a la reducción transferencial. Momento de deser (de su analista) que ya anuncia el duelo por venir. Momento que no es sin esos afectos que Lacan calificaba de más bien maníacos-depresivos. Intervalo temporal entre el « *impasse* » (callejón sin salida) al que conduce la transferencia y un pase posible

El que *está* en ese momento del pase, ¿tomará acaso el relevo de ese deseo inédito de analista, ocupando el lugar de quien habrá reducido al deshecho/resto del proceso? ¿Acaso estará el pasador mañana en el lugar del pasante del cual hoy recoge el testimonio?

Y el analista que ha designado, ¿recibirá « *a posteriori* » pues- la prueba de que su designación fue un acto?

¡Sin duda, estamos en la temporalidad de un suspenso! A la espera pues de los efectos de « *après coup* ».

¿De « qué » se sostiene el pasador en esa experiencia? No puede decirse que tenga el mejor papel en el dispositivo. ¿Podría hablarse de « deseo de saber » del pasador? ¿No se trataría mas bien de cierta posición « de estar al servicio de... »? No lo creo.. ¿Un deber? sería inclinarse demasiado del lado del imperativo que, por otra parte, al provenir de su analista solo podría producir efectos nocivos. Su « oficio », ¿es acaso a « pura pérdida »? Seguramente no....

Tiene una función central, sin duda alguna. Sin embargo es el testigo que, por así decirlo, mas fuera queda de la instrucción. No decide. No analiza. Debe mantenerse en el lugar de un « no pienso », y prohibirse al mismo tiempo hacerse el soporte de una transferencia analítica. Debe ser receptivo, y al mismo tiempo no renunciar a interrogar sobre los puntos cruciales del testimonio que recoge.

Se sostiene pues en una posición de destitución subjetiva y, por otra parte, se presta a « encarnar », a dar voz (una vía) cierto trayecto pulsional, al mismo tiempo que se preserva de los efectos excesivos de goce que ello podría inducir. En su primer versión de la Proposición, Lacan sitúa al pasador, en efecto, en el lugar de la pulsión. El pasador se presta en efecto a ese trayecto de la pulsión invocante : oír (su pasividad), ser oído (sus preguntas activas al pasante), hacerse oír (por el cartel).

¿De qué temporalidad se trata entonces en ese momento en el que el pasador « *es* » el pase, la puerta entreabierta, el gozne, lo entrevisto, la ventana? Dejo esta cuestión a la espera.

¡Extraño « oficio » el del pasador ! Debe poner mucho de lo suyo: ni simple « oidor », ni simple mensajero. Muchas veces es presa (los pasadores hablan de ello frecuentemente) de una turbación, una angustia (no la angustia suscitada por la pregunta del ¿Che Vuoi ?)..la angustia correlativa a esa temporalidad del “ya/aun no”, angustia de la suspensión en el intervalo, diría.

Apostemos que pueda hacer con ello...y no tendrá que « deshonorarse », independientemente que el pasante del que ha « llevado » el testimonio sea o no nombrado. La tarea que le corresponde no puede sino recibir el respeto que merece de la comunidad la que se presta.

Concluyo :en todo caso, estoy segura de no haber agotado, lejos de ello, las cuestiones que puede suscitar el tema que nos convoca.

Si la producción del analista, el viraje del psicoanalizante al psicoanalista ha requerido la invención de ese dispositivo de testimonio indirecto, es porque existe algo particularmente opaco en el momento de ese pasaje y Lacan concluye en su nota de 1974 ¡« Es necesario un pasador (no un psicoanalista, es su innovación) para oír eso » !.

CUARTA CITA INTERNACIONAL

De los foros y de la Escuela de Psicoanálisis del campo lacaniano

Las relidades sexuales y el inconsciente

Un texto de Marc Strauss sobre el tema (Paris, Francia)

La prueba en jaque

No se puede negar que el sexo goza en la especie *parlêtre* de un estatus privilegiado. Es a la vez, fuente de un placer sin igual y por ello fuertemente valorizado, y además es objeto de una reprobación que a menudo toma la forma de una prohibición.

La paradoja, como sabemos, no proviene de la oposición entre el individuo y la civilización puesto que, como lo dice Lacan en *Televisión*, si lo prohibido no existiese, habría que inventarlo. Además, nos recuerda la más común de las miradas sobre la vida sexual cotidiana de los sujetos: sueñan con ello pero cuando el sueño se vuelve realizable, aquellos multiplican las complicaciones. Complicaciones que pueden tener como objeto al deseo, ya sea que este falte a la cita, ya sea que estas complicaciones conciernan al partenaire imposible o prohibido, o bien puedan afectar la satisfacción, que ésta sea insuficiente o bien excesiva e inquietante.

Si para la mayoría de los placeres hay una justa medida, una educación y una disciplina que favorece el acceso a estos placeres, en lo concerniente al sexo, este no es el caso. Por el contrario, el sexo es rebelde a toda tentativa que intente disciplinarlo y por ello mismo, dominarlo. Siempre demasiado o demasiado poco, él incomoda nuestras existencias, maltrata nuestros ideales, y estamos cerca de sentir que es muy molesto. A tal punto que Freud pudo anticipar que el éxito sería seguro a cualquiera que prometiese a la humanidad liberarla del sexo.

Si algunas creencias o ideologías tienen sus fundamentos en el abandono del sexo, y por lo tanto, en todos los renunciamientos inherentes a este, hay que reconocer que su éxito es muy reducido. Así, en ocasión de la muerte del Papa, un periodista de “Le Monde”, recordaba que, si bien el Papa había logrado imponerse como una autoridad espiritual para millones de personas, había fracasado en su proyecto de modificar los comportamientos de sus contemporáneos. En apoyo de su argumentación, este mismo periodista relataba cómo, en ocasión de una visita de Juan Pablo II en América Latina, en un estadio repleto de millares de jóvenes, el Papa les había preguntado si estaban dispuestos a renunciar a la violencia. Millares de bocas habían gritado sus respuestas en una sola voz “¡Sí!”. El Papa continuó preguntándoles si estaban dispuestos a renunciar al

consumismo, y obtuvo un Sí aún más fervoroso. En la prolongación de este impulso, el Papa les había preguntado si estaban dispuestos a renunciar al sexo y la respuesta inmediata, ferviente y unánime había sido: “¡No!”

Esta paradoja de la sexualidad, que el sujeto experimenta *entre placer y malestar*, la encontramos en la estructura misma de la relación sexual. Pues, es evidente que su función está lejos de limitarse a un medio para procurarse placer, entendiendo que no se trata aquí de la sexualidad como medio de reproducción.

La relación sexual no es un asunto amoroso, aunque..., ni un asunto de necesidad, aunque...

Que ésta pueda creerse o decirse, sin amor, esto no impide a esta relación situarse necesariamente respecto del amor, aunque no sea más que para negar su presencia. Pero sabemos que el sujeto no sabe necesariamente que ama, y hay hombres que en algunas ocasiones pueden estar abatidos por los daños que provoca la pérdida de una mujer de la cual gozaban y a la que creían despreciar. Y sabemos también que demasiado amor puede ser un obstáculo serio para la realización del encuentro sexual, esto se da en cada uno de los dos sexos, aunque no sea por las mismas razones.

En cuanto a la necesidad sexual, si ésta no se muestra tan imperiosa y regular en su necesidad tal como el hambre, por ejemplo, se conoce sobre su dependencia, en los diferentes periodos de la vida, tanto como en el estado general del organismo, e incluso en la ingesta de productos más o menos lícitos. La sexualidad implica necesariamente al cuerpo en tanto ser viviente, y la carga de este mismo incumbe al sujeto.

Además, y es toda la demostración de Lacan, en particular en los tres textos de *Escritos* que son “La dirección de la cura”, “La significación del falo” y “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo”, en la brecha existente entre la necesidad y el amor, se aloja el deseo. Es por ello que Lacan adelanta en “La significación del falo”² “Puede concebirse cómo la relación sexual ocupa ese campo cerrado del deseo, y va en él a jugar su suerte. Es que es el campo hecho para que se produzca en él el enigma que esa relación provoca en el sujeto (...)”.

La continuación del pasaje es demasiado compleja para ser citada aquí, pero retengamos de lo que precede la dimensión del enigma que para Lacan es inherente a la relación sexual, y citemos la conclusión:

“(...) el sujeto, lo mismo que el Otro, para cada uno de los participantes en la relación, no pueden bastarse por ser sujetos de la necesidad, ni objetos del amor, sino que deben ocupar el lugar de causa del deseo.

Esta verdad está en el corazón, en la vida sexual, de todas las malformaciones posibles del campo del psicoanálisis.”

“Ocupar el lugar de causa del deseo”, la significación de esta expresión no permite equívocos, se trata de ser el falo. Además, aunque esto sea a lo que apunta el sujeto en su deseo, en particular en su puesta en acto sexual, también es de lo que no puede jamás obtener la seguridad: ningún signo, incluso el goce del cuerpo del Otro, no garantiza la identificación fálica.

Para decirlo de otra manera, la sexualidad es tanto el campo de prueba donde el neurótico pone en juego el falo, como el lugar donde, no más que otro, esta prueba no puede en ningún caso correspondérselo. Pasaje obligado, puesto que el sujeto tiene, en tanto *parlêtre*, la responsabilidad del goce que le falta al Otro, pero es también impasse, puesto que la prueba depende del significante y que ningún signo puede igualarse. Esta discusión lógica aclara los más mínimos propósitos de los sujetos concernientes a su vida

² - *Escritos I*, Siglo XXI, p. 285

sexual y da cuenta de la ilusión, incluso del abuso que habría si se prometiese ponerle un término.

Traducción: Gladys Mattalia

**La Cita, *Las realidades sexuales y el inconsciente*
1 y 2 de julio - 2006 en París – Palais des Congrès. Porte Maillot**

Programa:

*Sábado 1 y domingo 2 de julio : *Las realidades sexuales y el inconsciente*

*Viernes 30 de junio : asambleas de debates

- mañana : La IF

- tarde: la Escuela y el pase

*Lunes 3 de julio, mañana : Asambleas conclusivas de la IF y de La Escuela

Traducciones simultáneas en francés, español, portugués.

Comisión científica internacional : Jacques Adam, Viviana Bordenave, Annalisa Davanzo, Gladys Mattalia, Gloria Patricia Peláez, Silmia Sobreira, Colette Soler, Marc Strauss, Francisco Estevez Torres

Comisión nacional de organización : Maria Vitoria Bittencourt, Jean-Pierre Drapier, Mireille Scemama Erdos, Martine Menès, Roger Merian, Marc Strauss, Patricia Zarowsky

Informes e inscripción: IF-EPFCL 118 rue d'Assas 75006 París

<http://www.champ-lacanien.net>

01 56 24 22 56

epfcl.secretariat@wanadoo.fr

CIOE :

alberti@fcclrio.org.br (Sonia Alberti)

vivianabordenave@wanadoo.es (Viviana Bordenave)

maria_izaguirre@yahoo.com (Maria Antonieta Izaguirre)

10457clb@comb.es (Carmen Lafuente)

gmattalia@arnet.com.ar (Gladys Mattalia)

solc@easynet.fr (Colette Soler).